

El mercado de las sanguijuelas en el País Vasco

La sanguijuela (*iteina*) es un gusano que ha tenido gran aceptación, hasta hace unos años, en el campo de la medicina. Su clásica capacidad de succión era una cualidad muy apreciable para extraer sangre y rebajar así la presión arterial a determinados enfermos. Naturalmente, el uso generalizado del procedimiento requería una red comercial que garantizara el abastecimiento de los núcleos más importantes de la región, con las peculiaridades e inconvenientes que pudiera entrañar la conservación y distribución de seres vivos, en lugar de los fármacos convencionales.

Se trata de una actividad singular muy poco estudiada entre nosotros, y cuyos pormenores debo a la atención de doña Engracia Galarza, nieta por línea materna, del último sanguijuelero (*iteinduna*) de Urdiain, oficio que, a su vez, había heredado de sus antepasados como legado de una tradición familiar.

BIOGRAFIA DEL PROTAGONISTA

Don Juan Miguel Galarza Mendiluce falleció en Urdiain el día 18 de septiembre de 1927. Ni los datos proporcionados por los familiares, ni la misma partida de defunción resultan muy precisos en lo concerniente a la edad del finado. Los ochenta y cuatro años que se le atribuyen quedan cortos al cotejarlos con la fecha de nacimiento, que tuvo lugar el día 12 de noviembre de 1842. Tenía en realidad ochenta y cinco años, diez meses y unos pocos días; no muy lejos, por tanto de los ochenta y seis.

Era normalmente conocido con el nombre de «*Kapaxo*», que todavía le queda a su casa, lo mismo que a sus descendientes, como recuerdo de un acto de servicio a la retaguardia del ejército carlista. Resulta que habiendo rebasado los combatientes la Sierra de Urbasa, hacia la Améscoa, pesaba sobre los pueblos de la Burunda el deber de proveerles de vitualla. Reunidos los vecinos al son de las campanas fue designado él para cumplir con este cometido. Tuvo que pasar la noche en el campamento y volver al día siguiente.

—¿Qué tal te han atendido? le preguntaron sus convecinos.

JOSÉ MARÍA SATRÚSTEGUI

—... ni caso!! —respondió él—. He tenido que dormir en las alforjas (*kapazo*) de mi caballería. El nombre de '*kapaxo*', a partir de entonces, fue algo consustancial a su persona.

Otro incidente relacionado con esta misma cuestión estuvo a punto de costarle la vida. Se daba, por lo visto, alguna irregularidad en la distribución de cargas por parte de las autoridades locales, y debió alegar que, habiendo prestado ese servicio por tercera vez consecutiva, no estaba dispuesto a hacerlo mientras quedaran en el pueblo vecinos que no habían subido nunca.

El Alcalde ordenó su detención. Otro de los vecinos apostilló que ese, no era motivo para encarcelar a nadie, y fue también detenido. Salió tímidamente, un tercer defensor de la razón del encausado, siguiendo la misma suerte que los anteriores.

Terminada la bochornosa sesión, fueron puestos en libertad los dos últimos, pero no así '*Kapaxo*' a quien el Alcalde trataba de ejecutar aquella misma noche. Enterado el párroco fue inmediatamente a entrevistarse con el Alcalde. Al pasar por delante de la ventana del calabozo se detuvo, y sólo le dijo estas palabras:

—Estás ahí, Juan Miguel? Esto lo sabrá Rosas... (efectivamente, el párroco tenía amistad personal con el oficial).

De la entrevista se dice que fue violenta llegando al terreno personal, ya que el alcalde tenía un hermano con galones en el bando opuesto. Gestión que le valió la vida a nuestro protagonista.

Era de gran contextura física, de la que no desmerecería actualmente su heredero directo Miguel A. Galarza, profesional del Ring e hijo de mi comunicante.

Recorrió a pie los caminos del País Vasco dejando en todas partes el recuerdo de su ingenio y buen humor. Sólo una mujer disentía de este parecer y era su propia mujer, que le aplicaba implacable el clásico refrán vasco, «*kantooan uso eta etxean otso*» (paloma fuera, y en casa lobo). Tuvo cinco hijas cuando hubiera necesitado —según la madre— un hijo que lo encauzara.

El hecho mismo de tener que vivir solas unas mujeres en casa, constituía un riesgo en aquellos tiempos de costumbres primitivas y de gran incultura. De hecho, a la madre de mi comunicante le pusieron, de soltera, una carga de dinamita en casa. Unos dicen que por fuera; ella cree que en la entrada misma, y que incluso hizo volar una herrada situada en su repisa. Es normal que la esposa reclamara su presencia en casa. A raíz de

EL MERCADO DE LAS SANGUIJUELAS EN EL PAÍS VASCO

este acontecimiento circularon unos versos por el pueblo, de los que solamente he podido recoger cinco estrofas:

Kapaxo'n Juan Mielek
bi ipurtats baditu
haik zer esaten duzten
nai nituzke aitu...

(Juan Miguel el de Kapaxo / tiene dos luciérnagas / yo quisiera saber / qué es lo que dicen ellas.)

Kapaxo'n etxartian
dinamita motza
ojala kendu balio
Franziskai okotza.

(En la callejuela de Kapaxo / una dinamita fallida / ojalá le hubiera quitado / el mentón a la Francisca.)

Franziskak esan dio,
ama, neuri utzi
pantalona jazteko
bihar edo etzi.

(Francisca le ha dicho: / déjame, madre, / que mañana o pasado / me ponga pantalones.)

Kapaxoin alaba hoiek
Fidelekin pronto;
Fidelek esan dio
eneiz horren tonto.

(Esas hijas de Kapaxo / con Fidel se irían pronto; / pero Fidel les ha dicho / yo no soy tan tonto.)

Sin aparente ilación, quizá por faltar estrofas, entra en escena otra familia apodada «Miruba» (milano). Parece ser que la dueña llevaba fama de habladora.

Miruba-n Lutxi hori
Kapaxo'n etxera
gezurrek asmatuta
jendia engeinetzera.

JOSÉ MARÍA SATRÚSTEGUI

(Esa Lutxi del Milano / (va) a casa de Kapaxo / inventándose mentiras / para sus engaños.)

Juan Miguel Galarza cumplió con los clientes hasta muy tarde. Utilizaba el tren para sus desplazamientos. Lo vieron montar en la estación de Alsasua a sus ochenta años. Sin embargo, resultaba temeraria la aventura. En esta última etapa de su vida tercia otro personaje, Epelde, adinerado industrial vasco que siempre tenía una atinada observación para el de Urdiain. En cierta ocasión le aconsejó retirarse a cualquier residencia de ancianos, o a un convento. La respuesta fue rápida y expeditiva:

— *Cinco hijas tengo en casa que pueden cuidar de mí. Qué os habéis creído!!*

Por el tono de sus bromas y desenfado proverbial llegaron a tomarlo por hereje, en el sentido vulgar de la palabra; algo así como descreído, irreverente. Epelde le preguntó si sabía el Padre Nuestro. El anciano se limitó a recitarlo de carretilla, con una serie de oraciones que conocía desde la infancia. Y luego añadió:

— *Qué os habíais creído que era yo?*

Perplejo debió quedar el hombre de negocios, que se limitó a obsequiarle con dos monedas de a diez céntimos, importe de tres cuartillos de vino.

El industrial vasco, que tenía un boyante negocio de alpargatas, llegó a brindarle una pensión equivalente al producto neto de sus andanzas, con tal de que se resignara a quedarse en casa.

— *Y no me podrías dar ahora?*

Le respondió con humor ribeteado de escepticismo. Conservó su prodigiosa lucidez hasta el último momento de su vida. No así la esposa, que en los últimos años llegó a perder por completo sus facultades mentales.

ORIGEN DE LA MERCANCIA

La sanguijuela se cría en pozos, lodazales y arroyos de cualquier pueblo. Está dotada de una ventosa en su extremidad posterior, y de ella se sirve para fijarse haciendo el vacío. Su piel es coriácea y viscosa, de color verdoso muy oscuro. No todas reúnen las condiciones terapéuticas más indispensables. Se valoraba primordialmente la acometividad del anélido. Existen terrenos pantanosos (sietsa) poblados de sanguijuelas en Urdiain, sobre todo en las inmediaciones del ferrocarril; pero no servían para nada.

Antiguamente se traían de ciertas balsas existentes en la Cuenca de Pamplona (Iruñerrian), y que mi comunicante no ha sabido concretar.

EL MERCADO DE LAS SANGUIJUELAS EN EL PAÍS VASCO

Pudo ser en la época de su bisabuelo. Kapaxo apenas las habría servido; y desde luego, ella no ha conocido esos tiempos. Eran flojas (falluak) y apenas trabajaban.

A propósito de este dato que resulta incompleto, recuerdo haber oído de niño en Arruazu, que mi abuelo tuvo que ir una noche a Loza en busca de sanguijuelas, para un enfermo grave que había en casa. Por cierto, llegó el remedio antes que el alba. Provenirían de este pueblecito de la Cendea de Ansoain las primitivas sanguijuelas a que se refería mi comunicante?

Sin duda, la mejor mercancía era la que les servían de Francia. Recuerda todavía la dirección: *Luis Chichet. Franckefort. Gironde*. Cree que las relaciones comerciales se mantenían a través de San Juan de Luz. Llegaron a ser tradicionales en Urdiain los envíos de este señor.

Más tarde, por razones que no he conseguido aclarar tuvo que cambiar de proveedor. Le enviaba José María González, desde Valdepeñas (Ciudad Real). Fueron las últimas, y de inferior calidad que las francesas; pero en todo caso mejores que las de nuestra zona.

Parece ser que por mucho tiempo se han conservado en la familia cartas relativas a este intercambio comercial. Las misivas de Urdiain eran sumamente lacónicas, casi telegráficas: «Querido amigo, mándame determinado número de sanguijuelas. Firmado.» Debemos hacer constar que Kapaxo no sabía leer ni escribir. Le dirigió la correspondencia el padre de mi informante.

EMBALAJE Y CUIDADOS ESPECIALES

Al principio solían venir en cestas de mimbre, que contenían saquitos llenos de animales. Más tarde las mandaban en cajas de madera. Lo que en ningún momento experimentó ningún cambio fueron las bolsas de tela blanca bien cosidas para que no pudieran evadirse.

Una vez en casa eran sometidas a un buen lavado de agua fresca, operación que se repetía con relativa frecuencia, antes de ser almacenadas. El depósito consistía en recipientes llenos de arcilla gris (buztina) en la que se iban incrustando, uno a uno, los gusanos. Para ello disponían de una caja muy consistente, con tapa de visagras. Tenían además cuatro tinajas grandes de cerámica, que servían para lo mismo.

El cuidado doméstico corría siempre por cuenta de las mujeres. Se hacían cargo a la llegada de la remesa y vigilaban, día a día, hasta la entrega de la última partida. Iban llenando los recipientes por capas superpuestas. Extendían la base de arcilla en el fondo, la perforaban con las yemas de los dedos, depositando en cada orificio una sanguijuela. Volvían a cubrir

de tierra y repetían la misma operación. De ese modo llegaban a cubrir las vasijas hasta arriba. Engracia vio realizar esta operación a su madre. Los niños se asustaban y solían huir. Téngase en cuenta que la sanguijuela normal de ocho a doce centímetros suele contraerse al tamaño de una aceituna.

Por este procedimiento de la arcilla blanda la sanguijuela podía vivir mucho tiempo, e incluso algunos años. Podían recuperarse después del tratamiento. Extendían ceniza en el suelo y les dejaban circular libremente; es como desalojaban la sangre ingerida. En Arruazu las ponían simplemente sobre la chapa del fogón apagado, entre la ceniza fría. Engracia Galarza recuerda que una de las sanguijuelas que aplicó su madre a cierta vecina enferma con pulmonía, vivió por lo menos dos años en un recipiente de agua.

Efectuaban los pedidos cada semana, en la cuantía que requería la demanda. Generalmente les servían mil o mil quinientas unidades. Procuraba no quedarse nunca sin existencias, que recibían un lavado general cada quince días.

Las partidas dispuestas para su distribución se metían en saquitos blancos humedecidos, que el portador tenía el cuidado de remojar en el camino. A juzgar por la inmundicia que despiden al sacarlas de los recipientes —dice ella—, da la impresión de que se alimentan de arcilla. Por supuesto, no se les proporcionaba en casa ningún otro alimento.

Finalmente, al regreso de cualquier viaje los excedentes eran sometidos a varios riegos de agua, gracias a la solicitud de las mujeres.

CLIENTELA Y APLICACIONES

Juan Miguel Galarza recorría por sí solo cinco provincias: Alava, Guipúzcoa, Logroño, Navarra y Vizcaya. Se granjeó numerosas amistades por todo el recorrido. Hubiera sido interesante reconstruir sus itinerarios. Efectuaba las visitas con cierta regularidad, por lo que sólo en casos excepcionales tenían que recurrir los clientes a pedidos de urgencia. Servía únicamente a farmacias.

Efectuaba salidas de muy distinta duración, correspondiendo determinado plazo a cada una de ellas. Las más cortas duraban un día; eran éstas las de Pamplona y Estella. El viaje de Pamplona lo hacía por monte, a través de la Sierra Andía; de este modo recortaba considerablemente los cuarenta y siete kilómetros que hubiera tenido que recorrer por carretera. La salida más larga era de ocho días.

EL MERCADO DE LAS SANGUIJUELAS EN EL PAÍS VASCO

En cierta ocasión salió de casa a las tres de la tarde, después de haber dominado en la era las labores de la trilla. Fue a pernoctar en Los Arcos, para emprender por la mañana viaje a Logroño. Era observador y tenía un anecdótico sensacional.

Una de las veces vio batirse a pedradas dos cuadrillas de mozos de pueblos vecinos. Les reconvinó por esa acción, a lo que uno de ellos replicó:

—«Oiga usted, señor,
a ese pueblo llaman Oco¹
pan y vino poco
los hombres borrachos
y el cura loco.»

En Navarra solía bajar hasta Milagro. Pero eran, sobre todo, los de Guipúzcoa y Vizcaya sus recorridos predilectos.

La definición más certera de este hombre es esta: trabajador, que a su vez hacía trabajar. «*Intzailia ta inazitzailia*», en expresión literal de su nieta.

La sanguijuela tenía múltiples aplicaciones en medicina, siendo las más indicadas: en casos de pulmonía (*iyutuba*); hipertensión (*buruko minak*); hematomas originados por los golpes (*urdindua*); catarros con mucha congestión; sarampión (*nafarrei gorria*), etc.

Generalmente se aplicaba a las venas. En caso de dolores de cabeza a la yugular. El mal uso del remedio tenía a veces consecuencias desastrosas. He oído contar a mi padre el caso de una mujer de Lizarraga de Ergoyena, aproximadamente de su edad, que siendo joven le aplicaron sanguijuelas a la altura del parietal, y quedó ciega, que es como la han conocido desde entonces. Por eso hay personas que las recibían con prevención.

Dada su voracidad, una vez realizada la operación, se hinchan exageradamente. Muchas llegan a morir. Existe la creencia de que suele ser a causa de la mala sangre.

El procedimiento material de aplicarlas al enfermo dependía de la persona que lo realizara. En casa del sanguijuelero de Urdiain se procedía de este modo: se ponían las sanguijuelas en una taza de café (*jikaran*) y se invertía ésta sobre la zona afectada del enfermo.

(1) ¿Será Ocón?

POSICION ECONOMICA

El precio de las sanguijuelas, entregadas en farmacia, era de veinticinco céntimos unidad. Desconocemos el dato referente al coste, así como el precio de venta al público. Apenas circulaba el dinero, por lo que mil o mil quinientas unidades semanales de venta suponía un volumen de facturación muy respetable.

Hay una anécdota que refleja el momento económico en el que le tocaba desenvolverse a nuestro protagonista. Al emprender uno de sus viajes pidió un vaso de vino en un establecimiento del pueblo. Le fue servido directamente del odre, para lo cual tuvieron que desatar primero la boquilla. De regreso —al cabo de ocho días, según mi confidente—, entró en la misma taberna para celebrar con otra libación el resultado de su gira.

—Recuerdas cuándo estuviste aquí? —le dijo la dueña.

—... hace ocho días, —replicó él.

—Pues bien; no se ha vuelto, desde entonces, a soltar este odre. Fuiste tú el último servido.

El precio de un vaso de vino oscilaba alrededor de los cinco céntimos, y era fama de que a Kapaxo nunca le faltaba una moneda para permitirse el lujo de un buen caldo. Lo cierto es que eran contadísimas las personas de quienes podía decirse lo mismo en el pueblo.

Por suerte, no tenía competencia en el oficio. El negocio de su padre Francisco Esteban Galarza, lo había compartido al principio con su hermano, en quien pudo más la afición al juego que la rueda del trabajo. Tuvieron que separarse; hasta que, insolvente y marginado su compañero de sangre y de fatigas, quedaron las puertas del mercado abiertas de par en par para Kapaxo.

Esto no quiere decir que fuera un poderoso de las finanzas; las sanguijuelas, que le proporcionaban lo necesario para vivir con decoro, cuando todos sus paisanos malvivían en el pueblo; no daban de sí para redondear una hacienda. La prueba es que, tenía que recurrir a veces a la ayuda del Herrero (*Errementeikuek*), con fama de adinerado (*liborreko amerikanuek*), para recabar un préstamo de cinco duros y cubrir el importe de las facturas que, inexorablemente, iban llegando.

Nunca perdió por eso el buen humor. Era amigo del médico, apellidado Lumbier, que visitó a un enfermo de la familia.

—Qué Kapaxo éste! le dijo el galeno; siempre de buen humor...

—Hay Lumbier, Lumbier! le contestó en castellano. Kapaxo tiene cinco hijas. Una hija, buena hija! Dos hijas, buenas son! Tres hijas y la madre, cuatro ladrones para el padre... Y yo, que tengo cinco hijas, qué me dice V.?

EL MERCADO DE LAS SANGUIJUELAS EN EL PAÍS VASCO

Diremos para terminar que el nombre vasco de la sanguijuela, que en Urdiain es *iteina*, tiene otra variante en la Barranca. En Arruazu se llama *izeña*; y en Huarte Araquil, *izeñe*. Este cambio de la 'a' final en 'e', es corriente al pasar de Arruazu a los pueblos de Araquil.

Esta es la versión de una actividad singular y de la figura humana del protagonista, que yo he podido captar a través de las puntualizaciones de doña Engracia Galarza. Vaya para ella el testimonio de mi gratitud.

Urdiain. Enero de 1972

José María SATRÚSTEGUI

